

El yugo sacudí que me oprimía,
Y de Tlaxcala un día
Me vine aquí, para vengar mis daños.

Tu padre entonces me formó guerrero,
Me dió su apoyo entero,
Y me dió tu belleza, encanto mío;
Numerosos peligros me han cercado,
Y siempre me ha salvado
El talismán bendito en que confío.

Calló el guerrero, la preciosa Indiana
Con pena soberana
Brotar el llanto por sus ojos deja,
Y así llorando á replicar se atreve,
Y tras disputa breve,
Ella gimiendo queda y él se aleja.

III

De la ciudad en medio se levanta
Y al cielo se adelanta.
Gigante mole con soberbia suma.
Lucen allí su mágica grandeza
El arte y la riqueza
Con esplendor magnífico que abruma.

Aquel recinto mírase cercado
Por muro dilatado
De duras piedras con primor labradas.
El grabado figura diferentes
Y espantosas serpientes
En confuse tropel amontonadas.

Es el templo mayor aquel recinto:
Extraño laberinto
De músicas y cantos se percibe;
Allí se ve del pueblo conquistado
Un lujo inusitado
Que apenas si la mente lo concibe.

Allí los sacerdotes altaneros,
El pueblo y los guerreros
La fiesta Toxcatl celebrando estaban,
Descuidados, sin armas, dando voces
Al culto de sus dioses,
Con unción religiosa se entregaban.

De súbito, cual trueno en la montaña
Del huracán la saña,
Y siembra duelo, destrucción y muerte,
Alvarado siguiendo á sus pasiones
Calló con sus legiones
Sobre ese pueblo desarmado, inerte.

Sangre, quejidos, lágrimas, dolores
Espantosos horrores
Que conmovido relatar no puedo
En la historia al mirar aquella escena,
La mente más serena
Temblando queda con pavor y miedo.

IV.

Cazamalotl inquieta en su morada
Espera resignada
La vuelta de su dueño idolatrado.
Con inquietud de pronto se levanta,
La vieja que la espanta
Impasible y de pié se halla á su lado.

Si sabes que mi labio te maldice,
Cazamalotl le dice,
¿Cómo en mi casa tu presencia advierto?
— Con placer indecible, mi venganza
Hasta tu hogar me lanza
Para decirte que tu esposo ha muerto.

— Mientes, infame, mientes. — No he mentado,
Tu amante ha sucumbido,
Impasible la anciana le contesta;
Los teules con furor acometieron,
Y en la lucha murieron
Los concurrentes todos á la fiesta.

— Mas tiene Tezacatl valiosa prenda
Que su vida defienda.
— Dime qué prenda, la verán tus ojos.

— ¿Qué dices? ¡Por favor! — Calla y contesta.
— El collar que á la fiesta
Llevó para calmar negros enojos.

Con indecible rapidez se aleja
La repugnante vieja.
En muy breves instantes ha cruzado
El trecho que del templo la separa,
Y con cautela rara
Al interior del templo ha penetrado.

Y como el buitre que voraz y hambriento
Buscando su alimento,
En curvas infinitas cruza el cielo,
Así la vieja, con fatal porfía,
Inquieta recorría
Aquel extenso, ensangrentado suelo.

Mil cadáveres rígidos, helados,
Sin concierto hacinados
En todo aquel recinto se veían,
Y la sangre formaba denso y vago
Extensísimo lago
Donde los piés de la mujer se hundían.

Con el ardiente afán de su venganza,
La vieja se avalanza
Sobre tanto despojo que amedrenta:
Así como la hiena rastreando
Y la tumba escarbando,
El cadáver descubre y se alimenta.

Por fin á Tezacatl sus ojos hallan,
Y sus manos batallan
Buscando el amuleto codiciado;
Su mano temblorosa el collar toca,
Y de venganza loca
Lo arranca del cadáver, ha triunfado.

Sin quitarle la sangre que le empaña,
Con ligereza extraña
De aquel recinto funeral se aleja.
Cazamalotl en tanto sola y triste,
Á su dolor resiste,
Y de pronto á su lado ve á la vieja.

— Aquí tienes, le dice delirante,
El collar de tu amante,
De mi venganza bendecido idioma.
Cazamalotl, que con dolor suspira,
El amuleto mira
Y sin fuerzas ni aliento se desploma.

De improviso la vieja se estremece
Y contemplar parece
Con atención profunda el amuleto;
Limpia la roja sangre que lo mancha,
Y su pecho se ensancha
Con extraño temor hondo y secreto.

Lo contempla, lo vuelve, en él se fija
Con atención prolija,
Y al fin llorando á murmurar alcanza:
— ¡Hijo del alma, de mi afán consuelo,
Vengarte fué mi anhelo,
Y lanzarte á la tumba es mi venganza!

México, 1886.

EDUARDO NORIEGA.

Á ADRIÁN GUICHENNÉ.

Te oí una noche cantar
Y me cautivó tu acento
Tierno, meliflúo, sin par.
Cantas con tal sentimiento
Que á muchos haces llorar.

Es el canto tu alegría,
Tu fe, tu afán, tu victoria,
Que tu ardiente fantasía
Ana en el canto esa gloria
Que ha de coronarte un día.

Te dará el arte laurel
Con que tanto te fascinas.
Constante, estudioso y fiel,
Si es un laurel sin espinas
Cifra tu esperanza en él.

La maga de la ilusión
Te lleva á tierras remotas;
Y yo aplaudo tu ambición,
Teniendo secas y rotas
Las fibras del corazón.